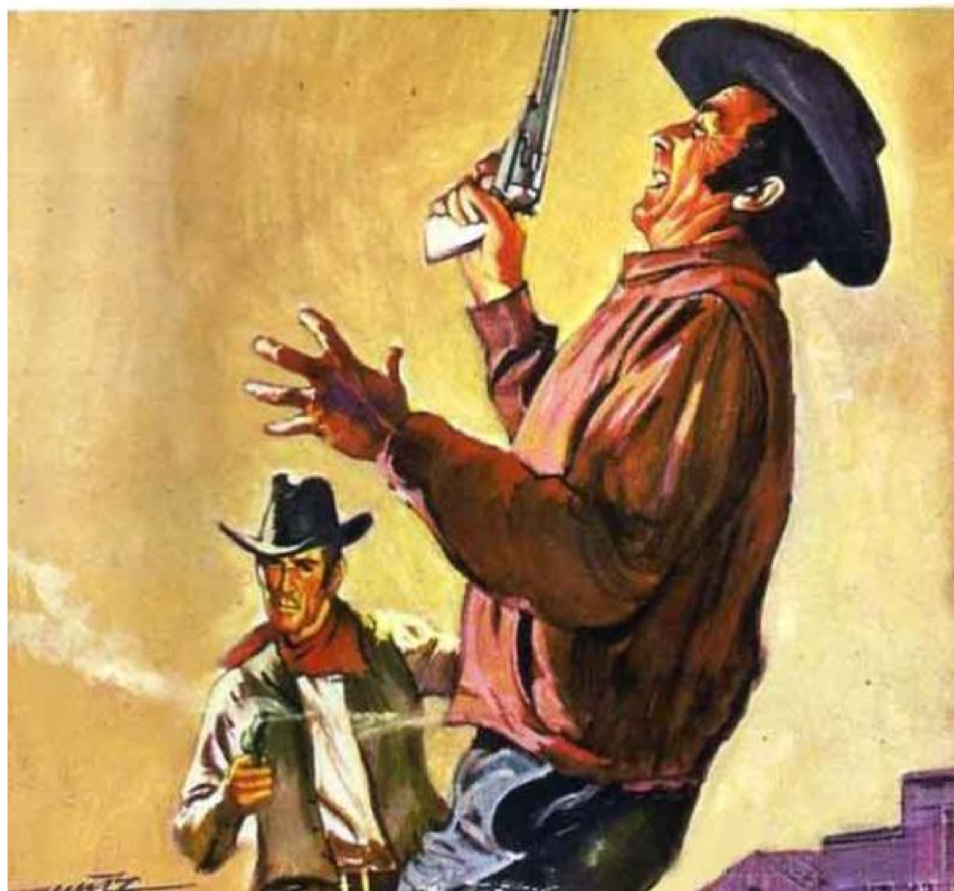
BOLSILIBROS BRUGUERA

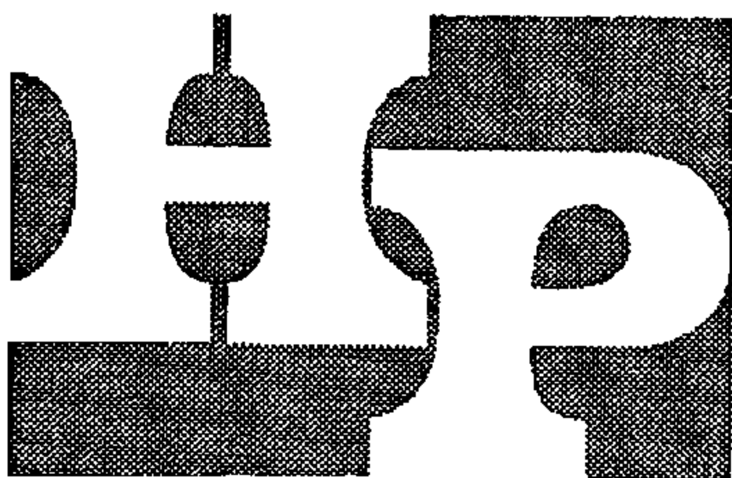
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

LOS PISTOLEROS DE TULSA







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LOS PISTOLEROS DE TULSA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 251
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 35070-1974

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edicción: octubre, 1974

FRANCISCO BRUGUERA - 1966

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre rubio encendió un largo cigarro y dijo con suavidad, como si hablase de algo sin importancia:

—Colgadlo.

Los movimientos de los tres verdugos —tres auténticos gigantes— eran implacables.

—¡Malditos! ¡Hijos de zorra! ¡No podéis hacer eso conmigo! ¡El *sheriff* os hará colgar luego a vosotros! ¡Soltadme, perros!

El árbol que sostenía la soga estaba al borde mismo del despeñadero. Bastó un empujón al condenado, y éste quedó colgando en el vacío, tras un débil estertor.

—Bueno, un cigarro menos. Andando.

Lanzó el cigarro que acababa de encender y al que no había dado más que unas pocas chupadas.

Miró la caja de cartón que llevaba en uno de los bolsillos de su levita, y donde guardaba aquellos cigarros.

Aún quedaban ocho.

—Vamos —decidió—. Hoy tengo que fumar más.

Los cuatro hombres trotaron durante casi una hora. El rubio iba delante, marcando el camino.

Transcurrida la hora de camino, divisaron una pequeña casa perdida en la llanura. Junto a ella había unos trastos metálicos y unos andamiajes que bien podían corresponder a una torre de sondeo, la cual no estaba montada aún.

Junto a la casa se afanaba un hombre.

Los jinetes se detuvieron a corta distancia.

El rubio extrajo otro cigarro de su caja y lo encendió lentamente.

Vieron que el hombre les miraba con los ojos entornados a causa

del sol. En aquellos ojos se adivinaba recelo, inquietud y hasta un principio de pánico.

—Seguramente habías tomado a broma nuestras advertencias, Tuck.

—¿Qué advertencias?

—Hace falta ser idiota para no comprenderlo, muchacho. Te dijimos que sería inútil que intentarás extraer petróleo.

—Eso es cuenta mía.

—Y nuestra también, muchacho. Nosotros sólo quisimos tu bien.

—No entiendo.

—Pues es muy sencillo, pequeño imbécil. Nuestras palabras resultaron bien claras: «Tú no podrás hacer nada con tu cochino trozo de terreno ni con tus materiales de saldo. Perderás el tiempo y el dinero. En cambio, harías un magnífico negocio vendiendo a la Compañía Hugues. Ellos te ofrecen un buen precio y pago al contado».

El hombre llamado Tuck rechinó los dientes.

—Me dabais por esto la cuarta parte de lo que me costó. No era una compra, sino un robo. Y, además, ¡maldita sea! Aquí hay petróleo. No vamos a ceder ahora.

—¿Cómo sabes que hay petróleo?

—Vosotros mismos, con vuestro interés, me lo habéis demostrado.

El hombre rubio, que no era otro que el propio Hugues, rió silenciosamente mientras quitaba el cigarro de entre los labios.

—Muchacho, nosotros corremos con un riesgo. Tú conoces el oficio; nadie puede estar seguro de que hay petróleo hasta lo que saca.

—Entonces el riesgo lo correré yo.

—Lo has corrido ya, amigo.

Los cuatro hombres acababan de sacar sus revólveres.

El hombre avanzó hacia ellos. Gimoteó. Puso los brazos en alto.

Tuvo tiempo para darse cuenta de que se moría.

Los cuatro jinetes llegaron a Tulsa tras dos horas de rápida cabalgada por un terreno liso.

Hugues y sus hombres enfilaron la calle principal, sin ocultarse de nadie. Al contrario, al pasar ante la oficina del *sheriff*, el hombre rubio se quitó el sombrero, saludando.

El *sheriff* correspondió ceremoniosamente.

Luego el hombre de la estrella penetró en su oficina, donde tenía dos visitantes.

Uno era un hombre joven, moreno, de facciones simpáticas, corpulencia hercúlea y sonrisa cas permanente. No llevaba armas.

El otro contrastaba mucho con él. Era un hombre viejo, barrigón con la barba mitad blanca mitad gris, y también son armas. Bueno, en cierto modo podía ser considerada como un arma la botella de *whisky* que llevaba en uno de sus bolsillos de su levita. Tenía aspecto de buscador de oro, buscador de petróleo —o quizá buscador de colillas— que tumbaba de espaldas.

El joven dijo:

—¡Qué ceremonioso es usted, *sheriff*! ¿A quién saludaba con tanto afecto?

—Al banquero señor Hugues. ¿No lo conoce?

—Sólo lo he oído nombrar. Y tengo malas referencias suyas.

El *sheriff* arrugó el ceño.

—Eso son habladurías.

El joven borró su sonrisa de los labios. Miró con perspicacia al representante de la Ley en Tulsa, aunque éste no se dio cuenta. Parecía muy ocupado en el fruncir el ceño y dar media vuelta a la mesa.

—Bueno, ¿a qué ha venido, en resumen? Se llama Gaylor, ¿no?

—Eso es. John Gaylor.

—¿Y qué quiere?

—Yo soy agente comercial. Me dedico a la compra venta de terrenos.

—Estupenda profesión.

—No crea… Uno se equivoca muchas veces. Tengo para vender un terreno que está situado a doce millas de la ciudad, en el espacio denominado «Los Álamos».

—Lo conozco.

—Es un estupendo terreno petrolífero.

—¡Hombre, eso hay que verlo!

—Mi amigo Leónidas, aquí presente, lo ha examinado.

Johnny continuó:

—Como le decía, el terreno es excelente. Pertenece a la Compañía Johnson and Johnson de Nueva York. Tengo órdenes de

venderlo, pero también se me ha reservado una opción para quedármelo yo mismo por un determinado precio.

—¿Y a santo de qué me cuenta a mí todo esto?

—Es que quería pedirle un consejo.

—Venga.

—Hugues me ha ofrecido comprármelo. Dice que me paga por él veinte mil dólares.

El *sheriff* lanzó un silbido.

—Diablos, a nadie ha pagado tanto…

—Es que el terreno es muy bueno.

—¿Y qué quiere que yo le diga?

—No conozco bien a Hugues. Y como el terreno, en definitiva, también podría quedármelo yo, pienso pedirle un aumento de precio.

—No se lo aconsejo, joven.

—Ésa es la opinión que quería pedirle. ¿No le parece razonable que obtenga un poco más por la venta?

—Hugues es un hombre de precio fijo. No dará un centavo más. Y le aconsejo que atrape la ocasión por los pelos, joven, antes de que lo piense mejor y decida darle menos.

—En ese caso no venderé.

—Observo que usted no lleva armas.

—Las odio.

Detalle razonable, señor Johnny Gaylor. ¡Un detalle que le califica de persona de buen gusto! Pero comprenda que un comerciante sin revólver no debe enfrentarse a los pistoleros de Hugues.

—¿No acaba de decir que Hugues es un banquero honrado?

—¡Claro! Pero a veces se pone nervioso.

—Comprendo.

—¡Venda usted joven! ¡Venda antes de que sea demasiado tarde! Y nada de quedarse para usted el terreno, ¿eh? ¡Se la cargaría!

—Comprendo, *sheriff*. Su consejo ha sido de lo más imparcial.

Los dos hombres salieron a la calle.

—El Banco de Hugues está ahí enfrente —dijo Johnny—. Vamos a tratar de conseguir un mejor precio.

—Bien pensado, muchacho. El mundo es de los valientes.

—Pero a lo mejor Hugues no quiere recibirnos. Entraremos por

la puerta trasera. Sé que tiene su despacho allí y entraremos de repente. ¡El mundo es de los hombres decididos!

Dieron la vuelta al Banco de Hugues, y fueron a penetrar por la puerta trasera.

Allí vieron a los tres gigantes que poco antes habían llegado a caballo con el dueño del Banco.

La puerta trasera daba a una pequeña zona desierta y los tres gigantes estaban vapuleando a un viejo.

Era la paliza más salvaje que Johnny había visto en su vida. Por un momento temió que fueran a matar al viejo.

Ni Johnny ni Leónidas llevaban armas. Permanecieron quietos, con las facciones crispadas por la angustia, sufriendo una sacudida cada vez que el viejo recibía un nuevo golpe.

Al fin el pobre hombre tuvo la suerte de perder el sentido. Cayó a tierra como un fardo, mientras por sus labios escapaban bocanadas de sangre.

Los tres gigantes se sacudieron las manos a la vez, como si fuesen un solo hombre.

—La próxima vez no será tan discutidor —gruñó uno de ellos— y accederá a vender a un precio justo.

El viejo quedó tirado en el suelo. No estaba muerto, pero lo hubiera estado caso de recibir media docena de golpes más. Johnny y Leónidas lo miraban como hipnotizados.

Tras sacudirse las ropas, uno de los gigantes preguntó:

—¿Qué desean, señores? ¿Quizá abrir una cuenta corriente? La Banca Hugues está siempre a su servicio. Servicio esmerado, honradez y trato amable. Ése es nuestro lema.

—Sí. Ya… ya veo.

—Pasen, pasen. No se queden en la puerta.

—Nosotros estamos en la ciudad sólo de visita —musitó—. Ya… ya volveremos otro día.

El joven y el viejo se alejaron al trote largo.

Cuando hubieron doblado la primera esquina, Leónidas se detuvo para respirar porque el fuelle ya no daba más de sí. Johnny dijo con voz entrecortada:

—¿Has visto?

—¡Diablos, cómo las gastan!

—Oye, Leónidas. ¿Seguro que en nuestro terreno no hay ni una

gota de petróleo?

—¡Qué va a ver!

¿Nada?

—Ni lo dudes, hijo.

—Entonces, estamos absolutamente seguros de que ese burro de Hugues se va a llevar un chasco.

—¿Cuánto le costó el terreno a la Compañía de Nueva York, es decir, a Johnson and Johnson?

—Cinco mil dólares.

—¡Diablos, entonces cuadruplicas el capital! ¡En cuanto lo sepan te van a nombrar jefe de vendedores, muchacho!

—Eso espero. He de reconocer que es un éxito.

—Sólo llevas diez días en esta zona y ya vendes por cuatro veces su valor el terreno que te habían encargado.

—Pero para ello es necesario que no haya petróleo. De lo contrario sería la ruina.

—No lo hay, muchacho.

—Tus palabras me tranquilizan, muchacho. Sé que eres un experto.

—De los buenos, muchacho.

—En cuanto vuelva a Nueva York y cobre los dos mil machacantes que me corresponden de comisión, voy a abrir un establecimiento en la Quinta Avenida. Supongo que entonces mi padre recobrará la confianza en mí.

—¿Aún sigue lo mismo?

—Lo mismo. Por cierto, ahora recuerdo una cosa.

Sujetó a Leónidas por una manga de su mugrienta levita y ambos fueron a la oficina de correos, que estaba anexa a la estación de parada de diligencias.

Johnny extrajo cincuenta dólares de uno de sus bolsillos y dijo al encargado:

—Quiero imponer un giro postal. Cincuenta machacantes.

—¿Para dónde?

—Para San Luis. Para el señor Peter Gaylor.

—Muy bien. Firme aquí. Son cincuenta dólares y medio más por los gastos.

Johnny pagó y salieron.

—No sé qué hacer ya para que mi padre me perdone… —

susurró al llegar a la calle—. Le escribo casa semana, le envío casi todo mi dinero… ¡En fin, esto parece no tener remedio!

Cuando iban a descender del porche, Leónidas detuvo a su amigo, poniéndole un brazo delante del pecho.

—Espera.

—¿Qué sucede?

—Mira.

Lo que en otro tiempo fue poco frecuente en Tulsa, es decir, un desafío en plena calle, iba a producirse ahora. Desde que comenzó el «rush» del petróleo, Tulsa era una ciudad tan violenta y salvaje como Dodge, Abilene, o como Kansas City. Y los dos hombres que ahora se aprestaban a jugarse la vida a una bala, parecían dos auténticos profesionales.

Uno era alto, delgado, sinuoso, y tenía cara de aburrido. El otro, recio y barbudo, parecía un gorila.

Los ojos de Johnny se clavaron exclusivamente en el tipo alto y sinuoso.

—¡Es Donovan! —masculló.

—¿Cómo se atreve ese otro a enfrentarse con él?

—¡Le va a durar menos de dos segundos!

El tipo de la barba estaba cubierto de polvo y parecía haber llegado desde muy lejos. Gritó:

—¡Tienes demasiada fama, Donovan, y he venido a buscarte desde Texas! ¡Uno de los dos, sobra en este estado! ¡Quiero saber de una vez si eres tan buen tirador como dicen!

—No hables tanto, hermanito. Toda la fuerza se te va por la boca.

—¡Defiéndete si te han enseñado a hacerlo!

Los dos hombres se movieron a la vez, o al menos dio la sensación de que se movían al mismo tiempo. Pero, en realidad, Donovan fue un par de segundos más rápido. Tuvo tiempo de poner el revólver en línea de tiro y apretar el gatillo, mientras su enemigo, el barbudo, aún estaba sacándolo de la funda. Con un gesto de aburrimiento, Donovan disparó dos veces y le deshizo la cabeza.

Entró en el saloon y pidió una botella de *whisky*.

—En seguida, señor.

—¡Ah! Y una palangana.

—¿Para beber *whisky*, señor?

—Tú dame la palangana y calla.

El camarero, se la dio, temblando. Donovan vació en ella el contenido de la botella de *whisky*, aspiró su olor y luego se puso a lavarse la cara.

Leónidas farfulló:

—¿Has visto?

—¡Es una fiera!

—¡Nunca he visto a un fulano que dispare como él! ¡Nunca! Y eso que he llegado a conocer a los más rápidos pistoleros del Oeste.

—Sí. Donovan en infalible.

—Por eso esta tierra me gusta cada vez menos, muchacho. Tulsa se está poniendo como Abilene o como Carson City. Larguémonos de aquí en cuanto hayamos vendido.

Los dos hombres atravesaron la calle, esquivando el numeroso grupo de personas que se habían arremolinado en torno al muerto, y antes de poner los pies en el porche frontero, alguien les llamó amistosamente:

—¡Eh, granujas!

Una mujer se acercó. Era una muchacha de veinte años, alta y llenita, de movimientos suaves como los de una pantera. Parte de sus hermosos cabellos rubios, recogidos en una trenza, le resbalaban por encima de uno de los hombros. Tenía los ojos oscuros, y en ellos se leía una insobornable decisión.

—Hola, señorita Simmons.

—Menos ceremonias. Me he enterado de que va usted a cometer una canallada, Gaylor.

—¿Yo?

—Sí. El *sheriff* acaba de decirme que ha hablado con usted. Y que tiene la impresión de que venderá su terreno a Hugues.

—¿Eso le ha dicho el *sheriff*?

—Exacto. Es mentira, ¿no? ¡Usted, un hombre a carta cabal, sería incapaz de hacer eso!

—Pues… siento defraudarla, pero es exactamente lo que pienso hacer, señorita Simmons.

—¡No es posible! ¡Usted me dijo que estudiaría mi oferta!

—También valía la pena estudiar la del señor Hugues.

—¿Cuánto le ofrece él?

—Veinte mil.

—¡Yo le ofrezco veinticinco!

—Es distinto, señorita Simmons.

—¿Por qué ha de serlo? ¿Acaso mi dinero vale menos que el de ese cochino?

—No, desde luego. Pero si le vendo a usted, Hugues no me dejará tiempo para gastarme esos dólares. Me liquidará «*ipso facto*». Tiene al *sheriff* de su parte, lo cual he adivinado con sólo una breve conversación con él. También tiene unos gorilas que son capaces de matar a su padre. Voy a venderle a él y a evitarme líos. Al fin y al cabo, es un buen precio el que me ofrece. Y, si quiere admitirme un consejo, no se busque líos usted, señorita Simmons.

—¡Ellos mataron a mi padre!

—Es está por demostrar, supongo.

—¡Está por demostrar para todo el mundo, menos para mí! ¡Yo lo vi, aunque ese vendido de *sheriff* no quiera cursar mi denuncia! Y en estas circunstancias lo que hago es… ¡luchar! Mi padre me dejó unos terrenos que no quiso vender a Hugues, y yo no los venderé tampoco. ¡Al contrario, los amplío! ¡Compro los terrenos circundantes, como es el caso de usted, señor Gaylor! ¡Aún me queda dinero para hacer la guerra a esos canallas con sus mismas armas!

—Crea que la admiro, señorita Simmons.

—Me admira, per venderá a ese granuja.

—Señorita Simmons, hay también otra razón, por lo cual no quisiera venderle el terreno. Mi amigo, el señor Leónidas, sabio de fama internacional, lo ha estado examinado y dice que allí ni hablar de petróleo.

—No es posible. A mí me parece precisamente la mejor zona. Las bolsas que se han encontrado en los otros terrenos son aledaños de otra bolsa mucho mayor que, por lógica, debe caer dentro del terreno que usted tiene para vender.

—Eso son fantasías.

—Pueden serlo, no lo niego. Pero entiendo mucho de terrenos petrolíferos y no creo que… —¿Para qué vale la pena discutir? Ustedes son unos cobardes y van a irse tranquilamente. ¡Háganlo! ¡Y ojalá se les pudra su maldito oro!

Dio media vuelta y se alejó con lágrimas en los ojos.

—Vamos, Leónidas.

—Valiente chica, ¿eh?

—Admirable.

—Y bonita.

—Anda, ve a ver a Hugues y dile que estamos dispuestos a vender esta misma tarde. Y hablaré, mientras tanto, con el notario Harriman para qué lo vaya preparando todo. Tiene que copiar parte de mi escritura de autorización de Johnson and Johnson.

—De acuerdo, Johnny.

Leónidas hizo la gestión, y aquella misma tarde firmó la venta de la parcela a favor de Hugues y Compañía. Fue una ceremonia sencilla y breve.

Hugues compareció solo, sin apoyo de sus gorilas, y dirigió a Johnny la mejor de sus sonrisas.

—Es usted una de las personas más razonables que han pisado Tulsa, señor Gaylor.

—Eso… eso espero.

Cuando la escritura estuvo firmada y Johnny hubo cobrado los veinte mil dólares, se despidieron de Hugues. Ninguno de los dos quiso darle la mano. Johnny hizo una simple inclinación de cabeza y salió a toda prisa, seguido por Leónidas.

—Hemos hecho un magnífico negocio, muchacho.

—En cierto modo, es un engaño, pero a mí no me importa engañar a un cerdo así.

—¿Y qué haremos ahora?

—Largarnos en seguida. La diligencia de San Luis sale antes de anochecer. ¡Tenemos el tiempo justo para hacer nuestros equipajes!

CAPÍTULO II

Un paseo nocturno por los muelles de San Luis, tenía grandes probabilidades de acabar en una autopsia diurna en el depósito de cadáveres, a la mañana siguiente.

Había allí tantos asesinatos como en Abilene o Amarillo, con la diferencia de que En San Luis las cosas se hacían con más disimulo, y el cuchillo se empleaba mucho más que el revólver.

Johnny, de todos modos, ya conocía la ciudad, porque había vivido muchos años en ella, y sabía a qué atenerse. Una mañana, con los huesos molidos, Leónidas y él descendieron de la diligencia en un apartadero cercano al río, y con sus maletines a cuestas se dirigieron a Tihgdale Street, donde estaba la casa del padre de Johnny.

—Hace dos años que no me ve. Me recibirá con los brazos abiertos —musitó el joven.

—Le has enviado mucho dinero y les has escrito cartas cariñosas —musitó Leónidas.

—Sí. Tendrá que recocerlo.

Llegaron a Tihgdale Street, y Johnny hizo sonar la campanilla de una casa de aspecto honorable, compuesta de planta y primer piso, situada en uno de los mejores lugares de la ciudad.

Un hombre abrió la puerta.

Johnny gritó:

—¡Padre…!

El puñetazo que recibió en las narices le hizo ir al otro lado de la calle de un solo salto.

—Pero… ¡pero papá!

Su padre, un hombre robusto y cuadrado, de unos cincuenta años, le miró desde la puerta con ojos llameantes.

—¿Cómo te atreves a venir aquí?, granuja.

—Yo quería verte…

—¡Yo, no!

—Pero… ¡caramba! ¡Si desde aquello ha pasado ya mucho tiempo!

—Está bien, ha pasado mucho tiempo. Tienes razón… ¡ven a mis brazos!

Johnny avanzó hacia él.

—¡Papá!

Cuando Johnny iba a trasponer el umbral del que había sido su hogar de su niñez, su padre le hizo la zancadilla y él cayó de narices al suelo.

—¡Esto para que aprendas a no fiarte de la gente!

—Di… ¡diablos!

Los corpulentos brazos de su padre, que parecían haber servido para cargar bultos en los muelles de San Luis (y así había sido, efectivamente, hasta que la fortuna le sonrió) arrastraron a Johnny violentamente hasta la calle. Johnny hubiera podido defenderse, pero no osó levantar un dedo contra el autor de sus días. ¡Sólo hubiera faltado aquello!

Peter Gaylor le dio una buena tanda de puntapiés en el centro mismo de la calle. Atraído por los golpes, un tipo de su misma edad y parecida complexión, asomó la cabeza por una de las ventanas de la casa contigua.

—¡Muy bien! ¡Así se hace! ¡Dale, Peter, dale!

Johnny, al fin, logró escabullirse.

—Diablos, qué recepción…

—¡Eso para que aprendas!

—Soy capaz de no volver más…

—¡No vuelvas! ¡Eso es lo que quiero precisamente!

El tipo de la casa contigua, coreó:

—Muy bien dicho, Peter. ¡Eso! ¡Eso!

Johnny sacudió sus ropas, que estaban llenas de polvo, recogió su maletín del suelo y, con un saludo, se alejó. Leónidas fue trotando tras él.

—Caramba. ¡Menuda somanta!

—Sí, ya ves.

—Tu padre es una mula.

—Bueno, eso sólo lo parece —musitó Johnny—. Tiene así un pronto… ¿cómo te diría yo? Pero luego se da uno cuenta de que es un hombre cariñoso y de buen carácter.

Y tuvo que apoyarse en la pared porque le parecía que acababan de romperle todos los huesos.

CAPÍTULO III

Los dos amigos llegaron a Nueva York.

Johnny ya había estado en la gran capital un par de veces, pero Leónidas, nunca.

—No podremos permanecer mucho tiempo aquí sin trabajar. Nueva York es una ciudad muy cara.

—Pero nos estableceremos en la Quinta Avenida, ¿no? ¡Tú lo dijiste!

—En cuanto cobre mi diez por ciento.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

—Sí, tienes razón. Esta mañana mismo iremos a ver a Johnson and Johnson. Buscamos un hotel nos cambiamos de ropa y… ¡adelante!

Se instalaron en un modesto hotel de la calle Veintiocho, se cambiaron de ropa y fueron los dos directamente a la Tercera Avenida, donde estaba instalado el lujoso complejo comercial de Johnson and Johnson.

Johnny conocía aquello por haber estado un par de veces allí. De modo que dijo a Leónidas que esperara en una salita, pero que procurase no dejarse ver para no asustar a la gente. Luego subió al primer piso, recorrió un pasillo, atravesó una ante cámara y, aprovechando que la secretaria no se encontraba en su puesto, se coló directamente en el despacho del jefe.

CAPÍTULO IV

Johnny Gaylor, que había entrado sin llamar, se detuvo en el umbral, petrificado, igual que si hubiera visto algo del otro mundo.

Y no era así, sino que hay que reconocer que lo que veía Johnny era muy de este mundo. Pero existían en aquel despacho siete cosas que llamaban poderosamente la atención.

—Número uno: dos librerías fantásticas, llenas de libros encuadernados en piel roja.

Número dos: una mesa de caoba maciza.

Número tres: varias sillas tapizadas de terciopelo también rojo.

Número cuatro: una lámpara de cristal tallado.

Número cinco: una alfombra persa.

Número seis: una chica despampanante que estaba detrás de la mesa número dos y que enseñaba la mitad de las piernas.

Número siete: un hombre.

¡Ah! Falta añadir que la chica número seis y el hombre número siete, se estaban dando un beso de espanto.

Johnny carraspeó:

—¡Ejem!

Ella deshizo inmediatamente la caricia. Estaba ligeramente sonrojada, y así, con aquellos colores y la respiración anhelante, resultaba la muchacha más bonita que Johnny Gaylor había visto en su aperreada vida. En cuanto al fulano, ni lo miró. Johnny sólo notó ligeramente que el otro le miraba con desprecio y con rencor por haberse visto interrumpido de aquella manera.

—¿Qué quiere? —susurró la muchacha.

—¿Puedo pasar? —pidió delicadamente.

—¡No!

—Caramba…

—¿A quién busca?

—Al señor Johnson, el jefe de esta oficina.

La enigmática y deseable chica dijo inesperadamente:

—Yo soy Johnson. Es decir, su hija, la que ahora ocupa la jefatura. El murió hace dos semanas.

CAPÍTULO V

—Ante todo mi pésame, señorita —dijo cortésmente.

—Gracias, estoy desolada. A veces necesito que alguien me sostenga en sus brazos para no caer, puede creerme. —Dio un manotazo a los dedos del otro tipo—. ¡Déjame, George! ¡Ahora estoy sentada!

—Señorita, yo trabajo para su importante empresa.

—¿Sí? ¿Y quién es usted?

—Johnny Gaylor.

—Ahora… Bueno, de momento no recuerdo.

—Soy agente de ventas de los terrenos que ustedes administran en todos los confines de nuestra importante nación.

—Ya… Un agente de ventas… ¡Tenemos tantos! ¿Y qué zona cubre usted, señor Gaylor?

—La zona de Tulsa.

—De modo que la zona de Tulsa… ¿No es usted el joven que no vendía nada al que dimos esta zona hace poco, por si allí se desenvolvía mejor?

—Exacto, señorita Johnson. Veo que me recuerda. ¡Y he vendido! ¡He vendido un terreno por veinte mil dólares! ¿Se da cuenta? ¡Cuatro veces lo que costó!

La muchacha había abierto, mientras tanto, el cajón central de su mesa.

Y de allí sacó un revólver.

CAPÍTULO VI

La mujer se puso en pie y avanzó lentamente, sin dejar de esgrimir el revólver.

—Siento deseos de apretar el gatillo, señor Gaylor. La muerte es lo único que usted merece.

—Oiga, pero… ¡pero si he vendido el terreno por cuatro veces lo que costó! Usted está de broma.

—Ese terreno flotaba sobre un mar de petróleo.

—¿Qué… qué dice?

—¡Un auténtico mar, imbécil! Uno de los yacimientos más importantes de Tulsa. Me lo acaban de comunicar por telegrama. El tal Hugues, a quién usted lo vendió, ya ha empezado a extraer líquido.

—Yo, pero… —Johnny se había hecho un lío—. Oiga, de eso yo no sabía una palabra.

—¿Qué instrucciones le dio mi padre?

—Pues que viese el terreno, contratara a un técnico para determinar su valor, y luego lo vendiera.

—Exacto. ¿Y qué le dijo el técnico?

—Uno siempre puede equivocarse en cuestiones de petróleo. Reconocerá que, aparentemente la venta no era mala.

—Sólo aparentemente.

—No es usted justa y, por tanto, pienso quejarme al señor Johnson. Usted no es la única dueña de la compañía. Hay otro socio.

—Sí. Johnson número dos.

—¡Pues él me atenderá!

—¡Vaya si quiere! Yo misma le indicaré dónde está su despacho. Salga de nuevo al pasillo y entre por la segunda puerta a la

izquierda.

—¡Lo haré!

Salió al pasillo y contó dos puertas a la izquierda.

Sin molestarse en llamar, entró.

En el umbral de quedó otra vez con la boca abierta.

Allí dentro había dos cosas que él ya conocía.

La primera, era el revólver. La segunda, la chica.

—Pase, señor Gaylor.

—Pero…

—El otro Johnson era mi tío, es decir, el hermano de mi difunto padre. Como buenos hermanos y buenos socios, los dos la palmaron el mismo día. Murieron en un accidente de ferrocarril.

—Y usted ha heredado los dos puestos.

—Los dos. Ambos despachos se comunican por una puerta. Yo soy la dueña de todo esto.

—Dígame lo que he de hacer, señorita Johnson.

—Recuperar el terreno.

—Pero… ¡el que lo compró tiene una banda de pistoleros!

—Páguele lo que le pida.

—¿Con qué dinero?

—Ése es asunto suyo, señor Gaylor. Arréglese con los veinte mil dólares que tiene.

—Dieciocho mil. Dos mil de ellos me corresponden en concepto de comisión.

—Muy bien, pues arréglese con sus dieciocho mil dólares. Para multiplicarlos, apueste en las carreras de caballos, juegue a la ruleta, conviértase en tahúr y participe en partidas de naipes marcados. ¡Lo que le parezca mejor! Cuando tenga suficiente dinero, vuelva a comprar ese terreno a Hugues. Pero consígalo antes de tres meses o el territorio de Estados Unidos será demasiado pequeño para usted… ¡Haré que el encarcelen por estafa para toda la vida!

—Eso no podrá hacerlo.

—¿No? ¿Eh? Sería facilísimo convencer a cualquier jurado de que usted y Hugues se pusieron de acuerdo. Que él le pagó trescientos mil dólares, por ejemplo, en privado, y veinte mil más ante el notario. Y que ése es el precio que usted trata de endosarme a mí. ¡Por un delito de esa clase le enviarán diez años al penal de

Leavenworth!

Johnny se quedó amarillo.

No se le había ocurrido pensar en aquello, pero reconocía que las palabras de la muchacha había una gran dosis de lógica. Un jurado podía creer aquello.

—Comprendo que tengo que rehabilitarme ante sus ojos, señorita Johnson —musitó—. Si usted piensa eso, yo le demostraré que está equivocada. Recuperaré ese terreno.

—Hágalo antes de tres meses o le denunciaré a las autoridades.

—Antes quiero saber tres cosas.

—¿Qué tres cosas?

—La primera su nombre.

—Me llamo Jezabel.

—La segunda, quién era aquel tipo que la besaba.

—¿Se refiere a George? Es mi prometido. Tiene otra importante empresa inmobiliaria en la ciudad. Uniendo nuestras dos firmas, podemos llegar a ser fabulosamente ricos.

—Una boda de intereses, ¿eh?

—Eso no le importa, señor Gaylor. ¿Y cuál es la tercera cosa?

—La tercera cosa que quiero averiguar es cómo saben tus labios, muchacha.

Antes de que ella pudiera reaccionar, rodeó la mesa y la estrechó en sus brazos. Ella puso el revólver en su pecho.

—Voy a disparar, señor Gaylor.

—¿Por qué?

—He de guardar mi reputación de chica honesta a la que nunca besa nadie.

—¿Nadie? Pero si aquel tipo…

—A George le suelto una bofetada cada vez. A ti, como no te conozco de nada, te pegaré un tiro.

Disparó al techo, aunque la bala rozó los cabellos de Johnny, produciéndole un calambre.

—Ahora mi honor está a salvo —dijo ella—. Pero tiraré un poco más abajo dentro de tres meses si no has recuperado ese terreno.

—Lo recuperaré —prometió Johnny.

Aunque, la verdad, cuando salió de allí no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Johnny encontró abajo a Leónidas, frotándose la tripa muy

satisfecho.

—Salgamos, Leónidas.

—¿Es que ocurre algo?

—Sólo ocurre que tengo deseos de ahogarte.

—¡Qué manía! ¿Y por qué?

—Allí hay un mar de petróleo.

—Lo que te han dicho no pude ser, muchacho.

—¿Por qué no?

—Jamás me he equivocado.

—Pues esta vez has metido la pata y las narices, amigo. Y vamos a tener que volver a Tulsa para recuperar aquello.

—No pueden obligarte.

—Sospechan que yo me puse de acuerdo con Hugues y ante una sospecha de esa clase, he de demostrar mi inocencia.

—Pero… ¡no podemos enfrentarnos con aquellos tipos!

—No sé lo que haremos. De momento hay que volver allí.

Sin pérdida de tiempo, tomaron nuevamente el tren y se presentaron otra vez en San Luis días más tarde.

Johnny recordó entonces algo.

—De los veinte mil dólares, dos mil son míos —dijo—. Creo que podría dar algunos a mi padre.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, cien machacantes.

Mientras Leónidas iba a comprar dos pasajes para cualquiera de las diligencias que partían hacia el suroeste, Johnny se presentó de nuevo en la casa donde había transcurrido su niñez.

Vio a su padre sacando brillo al farol que había ante la entrada, un hermoso farol de bronce que prestigiaba el edificio.

Johnny se acercó con el billete de cien dólares en la mano.

—Hola, papá.

—Hola, hijo.

—Traía esto para ti, papá.

—Dame, hijo.

—También quisiera que me dieses un abrazo, papá.

—Claro que sí, hijo.

Johnny se acercó con los brazos abiertos, y al estar a la distancia conveniente, recibió un corto al estómago y un gancho a la mandíbula que lo enviaron hacia atrás. Su padre, además, de cargar

fardos en los muelles de San Luis, había sido entrenado a un grupo de boxeadores en Topeka.

—Cuando seas un hombre honrado vuelve a casa. Aunque dudo que lo seas alguna vez. Te has ensuciado para siempre jamás.

Johnny se puso en pie pesadamente.

Cuando se encontró con Leónidas, éste ya había adquirido los dos pasajes para la diligencia.

* * *

Johnny y Leónidas contemplaron en la calle principal el desfile incesante de carros transportando nuevas máquinas.

—Hugues se está haciendo el amo, muchacho.

—No sé cómo demonios nos las arreglaremos para luchar contra él.

—Mira… Otra vez Donovan.

En efecto, Donovan, el pistolero, estaba negligentemente apoyado en la columna de un porche. Se mondaba los dientes con un palito que acababa de desbastar. De vez en cuando lanzaba salivazos, y uno había caído, sin que se diera cuenta, a los pies de un forastero que pasaba junto al porche.

El forastero, un tipo con aspecto de matón, acababa de detenerse.

—¿Qué le pasa, amigo? ¿Busca camorra?

—Le ruego que me perdone —dijo afablemente Donovan.

—Perdonarle, ¿eh? ¿Y por qué no me lo pide de rodillas?

—Es que estoy muy bien así.

—Va a ponerse de rodillas, aunque no le guste, amigo. Va hacerlo en cuanto yo le clave una bala en el vientre.

—Siga su camino, forastero. No quiero matarle.

—¿Matarme? Yo seré quien lo liquide, mequetrefe. ¡Saque!

Esta vez Donovan hubo de darse prisa, porque el forastero estaba junto a él y había llevado la mano al revólver antes de pronunciar la palabra fatídica.

Tiró a través de la funda. Su gesto fue tan rápido que los ojos de los espectadores no pudieron ni seguirlo.

El forastero no llegó a disparar. Recibió el plomo en el corazón, giró sobre sí mismo, soltó el revólver y cayó pesadamente a tierra.

Leónidas estaba con la boca abierta.

—Donovan se encuentra en forma —farfulló.

—Sí, ya veo.

—Con la ayuda de un tipo así, podríamos dominar a Hugues.

—No me hables de revólveres, ni de violencias. Anda, vamos a buscar un hotel barato.

No les fue fácil encontrar habitación, porque Tulsa estaba abarrotada, pero al fin pudieron instalarse. Durante dos días, Johnny, sin salir para nada, porque así se obligaba a sí mismo a pensar con mayor intensidad, meditó un plan de acción.

Pero no daba con ninguna idea. Ni tenía dinero para comprar el terreno otra vez, ni quería suicidarse enfrentándose con todos los pistoleros de Hugues.

Pero al principio del tercer día, Leónidas entró en la habitación dando brincos.

—La solución, muchacho.

—¿Qué solución?

—La de nuestro problema.

—Más vale que no habrá la boca, Leónidas. Estoy escarmentado.

—Mi consejo vale oro en estos momentos. Te lo puedo dar a ti o se lo puedo dar a otro.

—¿Qué lío te traes entre manos?

—He descubierto un terreno que flota sobre un mar de petróleo.

—No me digas.

—Mira, Johnny, el terreno es fabuloso. Hay allí petróleo para hacer ricas a once compañías como Johnson and Johnson.

—¿Un terreno fabuloso? ¿Y no le han echado el ojo encima los hombres de Hugues?

—Ahí está es secreto de la cuestión. Ellos quieren comprarlo, claro, pero su dueño, un vejete la mas de simpático, no piensa vendérselo. Dice que son unos canallas, y que antes de entregárselo prefiere venderlo a otro, aunque sea perdiendo dinero. Nos lo cederá por diez mil dólares. El arrendamiento por un mes de la maquinaria precisa, nos costaría tres mil más.

—¿Cuál es tu plan, Leónidas?

—Compramos eso y empezamos a extraer líquido. En seguida se dará cuenta todo el mundo de que aquello vale más de medio millón.

—¿Y luego?

—Lo cedes a Johnson and Johnson. De ese modo, ellos no podrán decir nunca que les has engañado.

—Sí, claro… Y ése es mi mayor deseo. ¡Pero, de todos modos, tú y yo nos quedaremos con las manos en los bolsillos y muertos de hambre!

—Nada de eso, muchacho, nada eso. ¿Para qué tengo magín yo? En primer lugar, venderemos los primeros barriles que se obtengan, y eso significa dinero. En segundo lugar, será como si tú hubieras vendido a favor de Johnson and Johnson el primer terreno por quinientos mil dólares. ¿Y cuánto te corresponde a ti de comisión?

—El diez por ciento. ¡Cincuenta mil dólares!

—¿Lo ves, Johnny? ¿Ves qué listo soy?

—Mira, Leónidas, en mi situación yo necesito arriesgarme. Pero ¿estás seguro de no equivocarte otra vez?

—No me equivoco, Johnny.

—De acuerdo. ¿Cuándo podemos hacer la compra?

—En seguida. El vejete de que te hablo tiene prisa.

Los dos hombres salieron y fueron a ver al dueño del terreno. Éste era un viejo con barbita recortada, quien les dijo que ya estaba harto de zonas petrolíferas.

—Todo el petróleo que hay en mi terreno queda para ustedes. ¡Todo! Aunque dudo mucho que saquen una sola gota.

Fueron al notario, Johnny pagó diez mil dólares y se convirtió en dueño de una franja de terreno que había de transformarle en millonario.

* * *

Aquella misma tarde, Leónidas se encargó del alquiler de la maquinaria precisa para iniciar la explotación del yacimiento. Hubo de pagar tres mil dólares, como había dicho. Y al día siguiente se pusieron manos a la obra.

Durante una semana perforaron sin descanso. Leónidas había prometido que hallarían petróleo al llegar a los cincuenta metros.

Cuando llegaron a la cien, y no salió nada, el viejo empezó a hacer comentarios gruñones.

—Se resiste, ¿eh? Se resiste… Bueno, tanto más fuerte será el chorro cuando salga.

Pero no salió nada ni a los doscientos, ni a los mil ni a los dos

mil metros. Johnny empezó a ponerse lívido al pensar que ahora no sólo tenía que recuperar el terreno, sino que, además, debía dieciocho mil dólares pertenecientes a Johnson and Johnson.

Una tarde, después de tres semanas de inútiles esfuerzos se sentó en una piedra, retiró el sombrero de su cabeza y hundió la cabeza sobre el pecho, con gesto de hombre vencido.

Leónidas de acercó silenciosamente a él.

—Muchacho —susurró— sé que tienes deseos de matarme.

—No, Leónidas, ¿para qué? Tú has hecho todo lo que sabías.

—Lo… lo siento, chico.

—Lo peor es que no se me ocurre nada ahora para salir de este atolladero.

—A mí sí.

—Como hables de nuevos yacimientos, te dejo aquí mismo, Leónidas.

—No, esta vez es distinto.

—¿Qué se te ha ocurrido? Con escucharte no pierdo nada.

—Aquí hay un negocio seguro. Falta maquinaria para las explotaciones petrolíferas. La que ahora tenemos pudimos alquilarla gracias a una buena amistad, pero todo el mundo anda buscándola.

—¿Y qué?

—Podríamos dedicarnos a vender máquinas de ésas. Hacemos un pedido a las fábricas de Filadelfia y las vendemos aquí.

—Muy bonito. ¿Con qué dinero?

—Aún tenemos casi cinco mil dólares.

—Que no son nuestros. Y, además, con eso no se paga ni la mitad de una perforadora.

—Pero reconocerás que el negocio es bueno.

—Sigue el problema. ¿Con qué dinero?

—Podemos pedir un préstamo. He conocido a un banquero.

—¡No será Hugues!

—No. Es otro que piensa establecerse aquí. Un tío fenomenal. Está forrado de oro, y un día de éstos abrirá su Banco.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—De momento tiene instaladas sus oficinas en el saloon de Jacqueline.

Fueron los dos al saloon de Jacqueline.

Vieron al banquero sentado ante una mesa del fondo del local.

Tenía una montaña de papeles esparcidos encima de ella, y parecía muy ocupado.

—Aquí el amigo de quién le hablé —dijo tímidamente Leónidas.

—Mucho gusto.

—Me han dicho que usted podría prestarme algún dinero —susurró Johnny.

—¿Con qué garantías?

—Poseo un terreno.

—Bueno, no está mal para empezar. ¿Y cuánto quiere?

—Pues… nos arreglaremos con ocho mil dólares.

—Díez mil es lo mínimo que presto —gruñó el banquero.

—Bueno… pues… pues diez mil.

—Me parece correcto. ¿Quiere alargarme aquel papel, joven?

Johnny le tendió el papel que el banquero señalaba con el mentón, y que estaba al otro lado de la mesa.

—Gracias. Es una relación de clientes que desean préstamos.

—Supongo que no nos hará esperar mucho.

—No. Con ustedes haría una excepción. ¿Quiere alargarme aquel otro papel, caballero?

Johnny gruñó:

—Oiga, ¿es que usted no mueve nunca los codos de encima de la mesa?

El banquero pasó por alto el comentario. Durante algunos segundos pareció sumido en profundas reflexiones.

—Oiga —dijo al fin— ¿por qué no se queda con doce mil dólares?

Johnny estuvo a punto de dar un brinco.

—Ya que usted insiste, y en plan de hacerle un favor, me los quedaré —dijo solemnemente.

—De acuerdo. Firme en ese papel y ponga usted mismo la cifra.

—Un momento. Antes hemos de hablar del plazo de devolución y de los intereses.

—El plazo de devolución es de tres años.

—Me parece… más que correcto.

—Y los intereses al seis por ciento anual.

Johnny firmó.

—De acuerdo, pueden pasar mañana a cobrar el dinero. Lo tendré aquí mismo a su disposición.

—No lo dude. Pasaremos.

—Un momento. No se vayan aún. Queda, naturalmente, un detalle por resolver.

—¿Cuál?

—Los intereses sin anticipados. Doce mil machacantes, al seis por ciento, son setecientos veinte del ala, que ha de pagarme ahora.

—¿Cómo?

—El contrato lo dice bien claro. Ahí, en la letra pequeña.

—De modo que usted nos dará doce mil dólares *mañana*, pero nosotros hemos de darle setecientos veinte *hoy*. ¿No es eso?

—Exacto.

—¿Quién es el banquero aquí?

—Muchacho, me parece usted un exaltado. Para ganar hay que pagar primero. Tiene usted mucho que aprender en el mundo de los negocios.

—Sí, ya lo veo. Y con la ayuda de Leónidas aprenderé tanto que pronto me encarcelarán para toda la vida o me colgarán por el cuello hasta que muera. ¡O me meterán en el manicomio! ¡Voy a decirle una cosa!

—Dígala.

—¡Mañana no piensa estar usted aquí! Es usted un farsante y un tramposo.

El banquero levantó el brazo dignamente.

—No quiere pagar, ¿eh? ¡Muy bien! ¡Ya llamaré al *sheriff* para que le ajuste las cuentas! Usted, al fin y al cabo, ha firmado un contrato. ¡Y ahora, fuera!

Había levantado el brazo derecho señalándoles la puerta. Y Johnny comprendió por qué no había querido mover los codos antes.

Llevaba la levita tan recosida que la camisa le salía por los agujeros. Pero como la camisa también estaba recosida, mostraba la piel de los brazos.

Johnny salió, seguido de Leónidas y se dejó caer sin fuerzas en los escalones del porche.

Leónidas trotaba de un lado a otro.

—Muchacho, yo hubiese jurado que era un caballero. ¡Si le hubieras visto hablar!

—Al que no quiero oír es a ti, Leónidas.

—No te quejes. Al fin y al cabo, en esta ocasión no has perdido nada.

—No, ¿eh? Ese granuja es capaz de ofrecer cincuenta dólares de comisión al *sheriff*, que es otro granuja, para que me meta en la cárcel. Al fin y al cabo, es cierto que he firmado un contrato.

Leónidas también suspiró, desalentado, apoyando la cabeza en la columna del porche.

—Muchacho, tendrías toda la razón del mundo si me echaras a un pozo atado de pies y manos.

—No te reprocho nada, Leónidas. Tú pones tu mejor voluntad en todo. Pero yo estaría mucho más tranquilo si no te preocuparas tanto de mí.

—Es que tú eres como un hijo, Johnny.

—Pues en ese caso tengo un par de padres que más me valdría morirme.

En aquel momento vieron a Donovan.

Donovan pidió una botella de *whisky* y una palangana y se puso a lavarse las manos porque en el extremo opuesto de la ciudad acababa de matar a otro hombre.

Johnny quedó solo, con la cabeza hundida sobre el pecho.

Hasta que, al fin, una voz dijo a su lado:

—Hola, señor Gaylor.

Era una voz de mujer.

CAPÍTULO VII

Johnny volvió la cabeza.

—Hola, señorita Simmons.

—Mi nombre es Mónica.

—Hola, Mónica. Celebro verle. Lo celebro de veras.

—Creí que ya no volverías por aquí. Con tu venta contribuiste a que Hugues fuera mucho más rico aún.

—Cree que lo siento, Mónica. Precisamente he vuelto a Tulsa para tratar de remediar aquel terrible error. ¿Y tus cosas? ¿Cómo van? ¿Qué tal te defiendes en esta ciudad?

—Muy mal. Me voy quedando sola.

—Sé que esto te molestará. Pero ¿por qué no abandonas tú también, muchacha?

—Yo no abandonaré nunca —dijo Mónica Simmons, con terquedad—. Ellos mataron a mi padre.

Volvió hacía él la cabeza, mirándole fijamente.

Sus ojos estaban húmedos.

CAPÍTULO VIII

Hugues estaba celebrando en aquellos momentos una especie de conferencia en su cuartel general, situado en el primer piso de sus flamante y novísimo edificio de Banco. Parecía muy satisfecho.

Hugues explicó:

—En los tres últimos meses las cosas han marchado muy bien. Cuando empecé esta caja tenía tantos enemigos importantes como cigarros había en ella. Cada uno que fumaba significaba una victoria, un enemigo menos. Ahora ya veis. Está casi vacía.

—Quedan dos —dijo el más cercano de los pistoleros tras un profundo esfuerzo mental.

—Sí. Quedan dos, pero aún sobra uno, porque ya sabéis que Cottet se asustó y se fue de la ciudad, dejándome el campo libre. Ahora sólo queda Mónica Simmons, como única enemiga. Para ella es el último cigarro.

—¿Vas a matarla, jefe?

—Ella se lo ha buscado.

—Pero es una chica muy bonita. De las más bonitas de la ciudad. Me parece una lástima que…

—A mí también. En cierto modo, valdría la pena aprovecharla en otro sentido, antes de acabar con ella. Pero los negocios son lo primero. He dado orden a Joyce para que la elimine.

—¿Joyce? ¿Y qué dirá el *sheriff*?

—El *sheriff* no dice nada. Tiene ya un pequeño paquete de acciones en nuestra sociedad. Le interesa que los negocios marchen.

Los pistoleros rieron.

Y añadió lentamente:

—Podré fumarme el cigarro esta misma noche.

CAPÍTULO IX

Joyce se detuvo en el porche frontero y miró al otro lado de la calle con fijeza del cazador que observa la pieza. Tenía los ojos grises, helados e inhumanos. Unos ojos de hombre que no ha sentido jamás la menor emoción, no siquiera la emoción de la muerte. Ahora había en ellos, sin embargo, una leve chispita de sorpresa.

No había esperado encontrar a Mónica Simmons allí, sentada en el porche, en el centro de la calle principal, y hablando con un tipo a quien Joyce no conocía.

Durante algunos segundos, el asesino a sueldo pareció reflexionar sobre la situación, antes de decidirse a llevar adelante el plan encomendado.

Al fin decidió la presencia del aquel hombre le ayudaba.

Aunque podía contar con la pasividad del *sheriff*, no le era posible matar a una mujer en plena calle sin pretexto alguno. Necesitaba disfrazar algo las cosas, y por eso había pasado gran parte del día buscando una oportunidad. Ahora la veía clara.

Provocaría a aquel tipo, y en el tiroteo subsiguiente, se le escaparía una bala «por casualidad». Naturalmente, aquella bala iría a parar en línea recta al centro del corazón de Mónica Simmons.

Se acercó cadenciosamente, haciendo tintinear sus espuelas de rodelas mejicanas, y se plantó delante de los dos, con las piernas entreabiertas y las manos a la altura de las culatas.

Joyce tendió uno de sus largos y musculosos brazos, tiró de la mujer, levantándola sin esfuerzo, y la besó en la boca.

Mónica Simmons estaba materialmente petrificada, Johnny, en el primer momento, no supo tampoco qué pensar.

Luego se puso en pie.

—¿Por qué no repite eso, amigo?

—Claro que voy a repetirlo…

Era lo que Joyce esperaba. Sonrió con hastío al sujetar de nuevo a Mónica.

Y entonces Johnny se puso en movimiento.

CAPÍTULO X

Movió la derecha y de un terrible gancho envió por los aires a Joyce. Joyce no había esperado aquello, por la sencilla razón de que un segundo antes su enemigo parecía tan aburrido como si fuera a dormirse.

Desde el suelo, en el centro de la calle, tocó el polvo con ambas manos.

—Bueno, muchacho, tú te lo has buscado. Hay testigos de que acabas de golpearme.

Johnny se había situado junto a un carro vacío que descansaba al lado del porche.

—Si quieres podemos continuar la pelea, amigo.

Mientras se ponía en pie, Joyce palpó su revólver.

—Muy bien, pero con esto…

—No llevo armas.

—Eso no es cuenta mía. Pide un revólver prestado. ¡Pide un revólver o te liquidaré! ¡Cuento hasta tres solamente!

Johnny sabía que el otro no bromeaba. E, incluso tuvo la sensación, por el modo como habían sucedido las cosas, de que pensaba matar a la chica también.

Las dos cosas sucedieron en el mismo momento, en la misma exacta fracción de segundo.

Cuando Joyce disparaba, Johnny se había parapetado ya tras el carro y lo volcaba aparatosamente.

La bala se incrustó en la llanta metálica de una de las ruedas. Joyce lanzó un alarido al ver lo que se le venía encima. Tampoco hubiera imaginado jamás que su enemigo tuviese fuerza para mover un carro con aquel empuje.

Disparó de nuevo, por entre los radios de una rueda, buscando

inútilmente a Johnny. De pronto, sintió que dos punterazos terribles se clavaban en su muñeca derecha. Tuvo que soltar el revólver.

Johnny le levantó por el cuello de la camisa, lo zarandeó brutalmente y luego le golpeó la cabeza contra los radios, lo soltó con un cierto gesto de estupor.

No creía haberle golpeado tan fuerte.

Pero la cabeza de Joyce caía a un lado y sus ojos, espantosamente blancos, indicaban que tras ellos no quedaba el menos palmito de vida. Al soltarlo, Johnny, cayó blandamente a tierra.

Mónica Simmons estaba junto a él.

—¿Qué vas a hacer ahora, Johnny?

—Ni yo mismo lo sé. Creo que esto es la guerra.

—Ocúltate en casa de mi tío Johnny.

—Puede que tengas razón. ¿Y quién es tu tío?

—Mi tío tiene una de las residencias más hermosas de esta comarca —dijo Mónica, agitadamente.

—¿Hermano de tú padre?

—No. De mi madre.

—¿Y te ayuda en tus asuntos?

—El jamás quiso tener nada que ver con las guerras que se desarrollan en esta maldita ciudad. Odia el petróleo y todo lo que representa. El es ganadero, y durante años ha estado haciendo magníficos negocios entre Kansas City y Chicago. Pero como había nacido aquí, se mandó construir una magnífica residencia para retirarse. Ahora vive en ella.

—¿Y piensas que yo he de vivir allí también?

—Sólo por un par de días. Hasta ver de qué modo reacciona Hugues. Me parece una medida de elemental prudencia.

—Acepto —dijo.

—Si mi tío sabe que tú también estás en guerra con Hugues, no te admitirá —murmuró Mónica—. El nada quiere saber de las peleas de esta tierra. Pero mañana da una fiesta, y tú debes venir. Será un magnífico pretexto para que te quedes.

—De acuerdo. Y ahora vete, Mónica.

—Johnny… Te estoy muy agradecida.

—No debes ni mencionar eso.

—Creo que eres el único amigo que tengo en la ciudad.

Le dio un suave cachetito en la mejilla, acariciándola, y volvió la espalda.

Ella hubiera deseado algo más que aquel cachetito, algo más íntimo que aquella caricia sólo apropiada para una niña.

En torno al carro se había congregado una nutrida multitud que retiraba ya el cadáver. Entre los mirones figuraba Donovan, por cuyo rostro resbalaban aún algunas gotas de *whisky*. Esto indicaba que era un hombre pulcro y que acababa de lavarse.

Hugues acogió con frío furor la noticia de la muerte de Joyce. La verdad era que no esperaba aquello, y quizá en otro momento de su vida habría saltado de rabia. Pero el éxito le había vuelto frío, calculador y cínico. Procuraba no exteriorizar jamás sus sentimientos. Por eso cerró un momento los ojos y pareció reflexionar sobre la nueva situación.

Sobre el cenicero de su mesa, descansaba un cigarro a medio consumir.

—Es la primera vez que desperdicio un cigarro —mascculló al abrir los ojos.

Tres de sus hombres estaban con él en el despacho.

Uno se llamaba Nat.

El otro Sam.

Y el tercero Tower.

Lo más granujiento que Hugues tenía en su banda. Lo más astuto, desalmado y cruel. A ellos debía buena parte de sus éxitos.

—¿Quién es ese Johnny, el tipo que lo ha matado?

—Nos vendió una parcela.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo.

—Hasta ahora no había hecho nada especial. Parecía un tipo más bien tranquilo.

—Pues lo que ha hecho hoy lo revela como un enemigo especialmente peligroso —murmuró Hugues.

—Habrá que acabar con él —gruñó Sam.

—¿Dónde se ocultará? —susurró Tower.

—Mónica Simmons tiene un tío. Es ese tal Brandon. Últimamente la muchacha vive en su casa, y apostaría a que Johnny Gaylor hará lo mismo. Hemos de preparar el golpe en aquel lugar.

—¿Qué clase de golpe?

—Mañana dan una fiesta, según tengo entendido.

—Sí, eso se comenta en la ciudad.

—Aunque a vosotros os pueda parecer demasiado arriesgado, creo que la fiesta nos dará una magnífica ocasión para acabar con esa pareja.

—Pero, ahora mi deseo de venganza va bastante más lejos —agregó—. Creo que hay que aprovechar bien a la chica. Es demasiado bonita.

Todos los que significaban algo en la región, excepto Hugues y sus hombres, habían sido invitados. El ambiente de distinción, de lujo, parecía impropio de aquella comarca que día a día se iba volviendo más rica, pero también más salvaje.

Johnny, que cuando le convenía sabía vestir como un caballero, no desentonaba en la fiesta. Fue admitido en ella como un invitado más, y hasta bailó dos piezas con Mónica, que estaba resplandeciente con un ceñido y turbador vestido rojo.

Luego salieron al extremo jardín. Éste era, en realidad, como un parque inmenso. Brandon no había regateado dinero para procurarse todas las comodidades. Se tenía la sensación de estar en plena naturaleza, aunque la casa contigua facilitaba también todos los placeres de la civilización. Bajo la noche, entre las estrellas, se tenía una turbadora, casi inquietante sensación de soledad.

Mónica dio unos pasos sobre la mullida hierba. Sus ojos ligeramente húmedos miraron hacia las luces lejanas de la casa.

—Es hermoso, ¿verdad?

—Mucho. Y me he dado cuenta de una cosa, Mónica.

—¿De qué?

—Tu tío no tiene herederos.

—¿Qué quieres decir?

—Está muy claro. Tú eres su única descendiente, y todo esto llegará a ser tuyo. Siendo así, no veo qué razón hay para que te empeñes en luchar con Hugues. Deja que él haga sus negocios y que acaba ahogándose en su propio oro, Tú puedes vivir tranquilamente aquí, hasta que llegue el momento de heredarlo todo.

—Tú eres un hombre pacífico. ¿No es verdad, Johnny?

—Procuro serlo desde que… Bueno, desde hace tiempo.

—Yo no tengo interés en ser pacífica. Yo quiero vengar a mi padre, al que Hugues asesinó.

—Tu tío podría ayudarte.

—El no quiere complicaciones. No les gustan las luchas de esta tierra.

—Entonces déjalo. Olvida eses pensamientos.

La muchacha desvió la mirada. Sus ojos encontraron los de Johnny.

Y hubo en ellos una petición muda, profunda, que Johnny no quiso captar.

—¿Nunca has pensado en casarte, Johnny?

—¿Yo? Pues… Bueno, en realidad…

—Hablo en serio.

—Me gusta la libertad.

Ella ahora había desviado la mirada. Sus ojos erraban por la soledad del bosque. Su pecho subía y bajaba agitadamente al compás de la respiración.

—Johnny, ¿nunca has pensado en el amor?

—Nunca me enamoré, muchacha.

—Eso es creerte demasiado fuerte.

—Es posible. Pero ya te he dicho que me gusta la libertad. Y en cuanto a ti, Mónica, hay algo que quisiera que comprendieses: Te veo como una amiga. Una amiga muy querida, eso sí, por la que haría cualquier cosa. Pero nunca te he mirado de otro modo.

Mónica volvió a posar sus ojos en él. Ahora aquellos ojos estaban húmedos otra vez y trataba de disimularlo.

—Quiero que tú y yo no conozcamos mejor, Johnny.

—Me parece una idea estupenda. Lo único malo es que cuando me conozcas bien, sentirás ganas de pegarme un tiro.

CAPÍTULO XI

Ninguno de los dos, ni Johnny no ella, se dieron cuenta de que tres sombras se deslizaban silenciosamente, con cautela de serpientes, hacia la zona del jardín en que ellos se encontraban.

Los tres reptaban por el suelo sin ruido.

Por fin Tower se detuvo.

—Está ahí.

—¿Es ella?

—¡Tiene que serlo por fuerza! Yo mismo he oído por una de las ventanas como su tío la presentaba. Es Mónica Simmons, no hay duda. La oscuridad no nos confunde.

Hugues se pasó la lengua por los labios que casi se le habían secado por completo.

—Pues esta noche es lo más hermoso que he visto en mi vida… Está más guapa que nunca.

—Y más tentadora…

—Hemos tenido una suerte fantástica. No creí que ella saliera hasta un lugar tan solitario. Las cosas se nos han puesto mucho mejor de lo que esperábamos.

—Y ese tipo que la acompaña, ¿quién es?

—Sea quien sea, es un hombre solo. Y no va armado.

Hugues alzó levemente un brazo.

—Cuidado. Hay que obrar conjuntamente para que no se produzca el menor ruido. Sam y yo atacaremos al hombre por la espalda. Tú tapas la boca a la chica. Tiene que ser todo muy rápido y preciso, porque si ella grita, todo está perdido.

—¿No hay nadie más por aquí?

—Nadie. ¡Vamos!

Hugues avanzó unos pasos, incluso evitando que le delatase el

crujido de alguna ramita seca.

Sam fue tras él. Los dos habían desenfundado los revólveres. El tercer hombre fue por el otro lado.

De pronto, Hugues calculó que podía llegar de un salto a su objetivo.

Levantó el brazo para dar la señal.

¡Y saltó!

En el último segundo, Johnny creyó percibir un ruido sospechoso a su espalda. Su instinto de hombre habituado a vivir en el Oeste se despertó en fracciones infinitesimales del tiempo, y se volvió con la rapidez de una autentica fiera. Pero ya era demasiado tarde.

Dos hombres habían levantado sus culatas a la vez, y él sólo tuvo tiempo de mover las manos para detener el golpe que iban a propinarle. El golpe llegó, sin embargo, a su destino. Johnny sintió el impacto en la frente y todo pareció dar vueltas en torno suyo. Tuvo que soltar al primer agresor e intentar cazarlo con un gancho al mentón, pero su golpe desesperado se perdió en el vacío. Hugues pudo dejar caer la culata también. Ahora el impacto repercutió en el cerebro de Johnny, que cayó de bruces mientras el mundo entero se ponía a girar vertiginosamente en torno a él.

Al propio tiempo, Tower no había perdido su oportunidad.

Su trabajo era el más fácil, pero requería precisión y nervios. Saltó sobre la chica en el momento en que ésta iba a gritar, y le tapó brutalmente la boca. El grito que ella iba a lanzar se transformó en un estertor apenas audible a dos pasos de distancia.

Hugues susurró entonces:

—¡No conviene que estorben! Dale un golpe en la nuca y amordázala bien.

Tower dijo:

—¿Qué hacemos con este tipo?

—Siento no llevar un cuchillo porque lo degollaría sin hacer ruido. Pero no podemos alarmar ahora a todo el mundo con un disparo. Hale, aligerad; él tiene al menos para quince minutos.

—Llevándose a la muchacha entre los tres, descendieron a través de los árboles. Nadie les había visto ni oído, de eso estaban seguros. La única parte difícil del trabajo había terminado ya.

En la parte oeste del jardín, en la zona más retirada del mismo,

había una vieja cuadra que nadie empleaba ya. Y hacia allí se dirigieron silenciosamente las tres sombras, con la velocidad de reptiles, llevando entre los brazos la figura blanca de su prisionera.

* * *

Ella estuvo quizá unos cinco minutos sin recuperar el conocimiento. Cuando al fin pudo hacerlo, la primera sensación que tuvo fue la de dureza. Se dio entonces cuenta, de una manera confusa, de que estaba derribada en un suelo de tierra apisonada.

Cerca de allí debía haber paja, porque se percibía su olor ligeramente agrio.

La segunda sensación que tuvo fue de frío.

Abrió entonces los ojos del todo, con una terrible sospecha, y de pronto fue a lanzar un grito de horror, pero no pudo porque su boca estaba amordazada férreamente.

Se vio a sí misma. Se vio a sí misma en el suelo, cerca de la paja.

Sus ropas habían desaparecido casi por completo.

Le habían atado las manos a la espalda.

Y los tres hombres estaban allí encorvados, sedientos, babeantes, mirándola con unos ojos donde el fuego del mismo infierno.

Sus manos ávidas se tendían hacia su cuerpo.

Seis manos.

Ella fue a gritar, fue a suplicar, a decir que no los había ofendido nunca, que aquello no tenía sentido, pero las manos empezaron a tocarla. Las manos, al posarse en su piel, la mancharon para siempre.

Hugues susurró ansiosamente:

—Es más bonita de lo que creía.

Y Sam, siempre sereno y dueño de sí, aconsejó:

—No nos precipitemos, amigos. Hay tiempo. Seguro que no la echarán en falta hasta dentro de quince minutos, al menos… A ver. Empieza el que saque con los dados el punto más alto.

Los otros accedieron, sin dejar de mirar a la muchacha, que se convulsionaba inútilmente.

Hugues ganó.

Cuando empezó a recobrar el sentido y abrió los ojos, una especie de nube roja le obligó a cerrarlos otra vez instantáneamente. Le nuca le dolía como si le hubieran clavado en

ella un hierro al rojo y de la frente le manaba abundante sangre.

Aquél era el origen de la nube roja que le había nublado la vista.

Se incorporó, sintiendo una flojedad extraordinaria en todos sus miembros. Dos veces estuvo a punto de caer de nuevo, pero su extraordinaria potencia física, y un poco del odio que también sentía, le hicieron ponerse en pie.

Fue entonces cuando sus sentidos se despabilaron por completo.

Alguien gritaba contra él. Alguien le estaba insultando a muy poca distancia.

Abrió de nuevo los ojos y vio frente a él, a un grupo de hombres muy bien vestidos. En el primer instante no comprendió por qué le era imposible recordar dónde estaba. Pero luego se acordó de la fiesta, de la muchacha que había estado junto a él…

Las voces se hicieron más concretas:

—¡Cerdo, bandido! ¿Qué has hecho con Mónica?

—¡Ella estaba contigo!

—¿Dónde la has metido? ¡Habla o te lincharemos aquí mismo!

—¿Qué significa esa sangre?

Johnny, menos aturdido ya cada vez, vio que uno de los que hablaban era Brandon, el dueño de la casa.

—No lo sé, señor Brandon.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Sólo recuerdo que alguien me golpeó. Yo llegué a ver a dos hombres, pero es probable que hubiera otro. Luego ya no he vuelto a sentir más, hasta ahora.

—¿Y Mónica? ¿Es que una mujer puede evaporarse, así como así?

—No puedo recordar… Yo me volví hacia los dos hombres para repeler el ataque que iban a hacerme por la espalda, y dejé de verla a ella. Seguramente se la llevaron.

Brandon masculló:

—¿Tiene alguna remota idea de la dirección que pueden haber seguido?

—No, pero sin duda habrá huellas. ¡Traigan antorchas!

Como por encanto, surgieron varias antorchas iluminando los trechos entre los árboles. Un verdadero enjambre humano se puso a investigar. El odio crispaba las facciones, y el deseo de matar brillaba en muchos ojos. Si en aquel momento llegan a estar allí

Hugues, Sam y Tower, lo único que se hubiese podido hacer por ellos hubiese sido rezar por su alma.

—¡En este sitio hay algunos arbustos tronchados!

Fue cuestión de minutos ir siguiendo el rastro hasta la vieja cuadra, Brandon y el propio Johnny fueron los primeros en poner el pie en el umbral. Y lo que vieron les hizo quedar paralizados, con las bocas entreabiertas por la furia y el horror.

La muchacha estaba allí.

Pero ¿estaba realmente?

¿O era lo que quedaba de una mujer cuando lo ha perdido todo, absolutamente todo?

No sólo era por sus ropas hechas girones. No sólo por sus cabellos desordenados. No sólo por sus ojos espantosamente quietos, donde empezaba a leerse una chispita de locura.

Era también por la sangre.

Le habían apuñalado, y por la herida del pecho estaba perdiendo la vida. Apenas podía sostenerse sobre un codo, mientras miraba como alucinada hacia la puerta.

Johnny aulló:

—¡Pronto, un médico! ¿No habrá algún médico entre ustedes?

Un hombrecito pomposamente vestido se adelantó.

—Yo soy el doctor Stanley.

—¡Vea a esta muchacha! ¡Vea la herida del pecho!

El médico se arrodilló, extrajo un pañuelo limpio de su levita y taponó la herida. Mientras gritó:

—¡Pronto, mi maletín! ¡Siempre lo llevo conmigo! ¡Está en el guardarropa de la casa!

En este momento, la muchacha perdió el sentido.

El doctor Stanley la miró atentamente y auscultó su corazón con una mueca de ansiedad impresa en el rostro. Mientras tanto, le trajeron el maletín. Cuando levantó la cabeza, parecía mucho más intranquilo aún.

—Desgraciadamente, no hemos llegado a tiempo —murmuró—. Yo diría que no le queda en el cuerpo la sangre necesaria para sobrevivir.

—Pero ¿cree que lo resistirá? —preguntó ansiosamente Johnny.

Aquel tono de ansiedad, de angustia, le sorprendió a sí mismo. Jamás creyó que volvería a preocuparse tanto por una mujer.

—No —dijo el médico—. No vivirá, aunque por lo que veo, a la pobre quizá le guste más morir.

* * *

El hombre tenía las manos grandes, la barbilla puntiaguda, los ojos de hielo.

Se llamaba Bradley.

Era un pistolero profesional, o más exactamente un asesino a sueldo conocido en todo el centro de Estados Unidos. Por un puñado de dólares no le importaba matar a una mujer indefensa, y en realidad lo había hecho más de una vez.

Muchos condados habían puesto precio a su cabeza, pero en Tulsa estaba en paz con la ley… por el momento.

En Tulsa no sólo no corría peligro, sino que había sido invitado a su propia casa por el poderoso ganadero Brandon.

Brandon estaba lívido. No habían transcurrido aún seis horas desde que habían descubierto a la muchacha en la vieja cuadra, y ahora ella estaba sumida en una gran postración. Iba a morir. Pero Brandon se había puesto ya en movimiento, porque en aquella clase de asuntos no convenía perder ni un minuto.

—¿Me ha mandado llamar? —preguntó suavemente Bradley.

Hablaba siempre sin alzar la voz y con la misma suavidad con que mataba.

—Sí, Bradley. Me he enterado por casualidad que estaba usted en Tulsa y he querido verle cuanto antes. Si es tan bueno con el revólver como dicen, usted es el hombre que estoy buscando.

Bradley dijo sencillamente:

—Soy bueno con el revólver.

—Quiero que mate a alguien.

—¿Un hombre?

—Tres.

Bradley parpadeó solamente una vez, con mucha suavidad y sin demostrar el menor asombro.

—¿Cómo sabe que son tres?

—Una mujer a la que han… bueno, a la que han hecho algo que no quiero nombrar, he dicho que eran tres. E incluso ha dado un poco su descripción. Jóvenes, altos, fuertes, bien vestidos. Con su instinto de buscador, no le será difícil dar con ellos.

—Ajá…

—¿Es usted capaz de matar a tres hombres?

—¿He de hacerlo de frente?

—Puede hacerlo como quiera. Juntos o separados, de frente o por la espalda, disparándoles desde un tejado o desde el agujero de una cloaca. Puede matarlos como mejor le plazca, pero tráigame sus carroñas. Tráigame lo que quede de ellos y nadará en oro todo el resto de su vida, Bradley.

—¿Cuánto es, según usted «nadar en oro»?

—Cinco mil dólares.

—Seis. Dos mil por cada conejo.

—Hace.

—La mitad por adelantado.

Brandon abrió un cajón de su mesa de despacho, extrajo un talonario de cheques y rellenó uno con mano nerviosa.

—Tome. Puede cobrarlo a partir de las nueve de la mañana. Cuando me traiga los pedazos de esos buitres le daré el resto.

Bradley dobló el talón cuidadosamente y se puso en pie.

—No se arrepentirá de haber contratado a un honrado asesino, míster. Buenas noches.

No llegó muy lejos.

Apenas había traspuesto la puerta de la habitación cuando se encontró con aquellos ojos metálicos, crueles, hipnóticos.

—¿Quiere venir conmigo?

Bradley arrugó el ceño.

Con una experta mirada se fijó que su enemigo iba desarmado.

—¿Cómo no? Vamos.

Salieron del enorme jardín de la casa, sobre la cual empezaba ya a insinuarse la aurora. Johnny fue directamente al grano, sin perder un minuto.

—¿Para qué le ha llamado Brandon?

—¿Para qué de llama a un asesino como yo?

—Tiene que matar a tres hombres, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Voy a hacerle un trato, Bradley.

—Desembuche.

—¿Cuánto le han dado?

—Ocho mil.

—A otro perro con ese hueso, Bradley. Conozco de sobra su tarifa. Son dos mil machacantes por pájaro muerto, o sea, que usted le habrá cobrado seis mil.

—Bueno, supongamos que sí. ¿Y qué?

—¿Cuánto le ha dado de anticipo?

—Tres.

—Yo tengo algún dinero. Le ofrezco mil machacantes más al contado para que no mate a esos tipos.

—¿Para… que no los mate?

—No. Es un trabajo que quiero tener el honor de hacer yo mismo.

—¿Por qué?

—Asunto profesional.

Bradley arqueó una ceja.

—Pero yo pierdo dos mil dólares.

—Al contrario, amigo. Gana cuatro sin hacer absolutamente nada. Lo único que tiene que preocuparse es de dejarme el campo libre.

La ceja de Bradley había arqueado volvió a su posición normal.

—Yo soy un asesino honrado —dijo suavemente—. Cuando doy una palabra de hacer un «trabajo» lo hago bien.

—Yo lo haré mejor. Le doy mi palabra de que presentaré a Brandon las pieles de esos tres reptiles.

—¿Y cómo sé que es capaz de hacerlo?

—Usted los hubiera matado por la espalda, Bradley. Yo los mataré de una manera mucho más digna y suave… Los ahorcaré. Pero cuando cuelguen de la soga ya no tendrán manos para defenderse. Antes se las habré atravesado con plomo.

—Eso es muy fácil de decir, amigo.

—¿Quiere que se lo pruebe? ¿Quiere situarse a quince pasos?

—¿Está loco, verdugo de los infiernos?

—Sólo quiero probarle que no fanfarroneo.

Bradley se encogió de hombros mientras echaba a caminar hacia atrás, es decir, sin perder de vista a Johnny. Tendría que matarle, pero ¿y qué? ¿Qué importancia tenía dejar en su camino un hombre más con la cabeza partida en dos mitades?

Cuando estaba a quince pasos susurró:

—Voy a tirar a matar, verdugo. Lo siento por ti. Despídete de la

soga.

Movió ambos manos con rapidez centelleante, pero cuando iba a tocar las culatas, éstas saltaron en pedazos, mordidas por el plomo. Bradley, aullando, retiró los dedos como si éstos hubieran tocado fuego.

—Pero… —balbució.

—¿Cree que soy capaz de hacerlo, Bradley?

—Diablos… sí.

Y fue a marcharse, pero Johnny le interrumpió:

—Quieto. Aún le debo una cosa.

—¿Qué me debe?

—Mil dólares.

—Bueno… ¿Y qué le parece si añadimos algo por los dos revólveres que me ha hecho polvo?

Johnny le entregó mil cien.

CAPÍTULO XII

Entró a beber un trago en el primer saloon que halló en su camino, dándose cuenta de que lo necesitaba. Y encontró allí a Leónicas, que estaba examinando atentamente un pedazo de mineral con una lupa.

—¿Qué buscas, Leónidas?

—Dirás más bien qué es lo que he encontrado. Esto es plata, muchacho. Un filón de plata.

—Yo no la veo por ninguna parte.

—Hay bromuro argéntico en esta piedra.

—Si no te tuviera tanto afecto te atizaba con una sartén en la cabeza, Leónidas.

—Bueno, quizá no sea plata. Pero, de todos modos, esta clase de minerales a cierta profundidad indican que más abajo hay una bolsa de petróleo.

—¿Y dónde has encontrado eso?

—En un terreno desértico que me venderían por cuatro cuartos. Si tú quieres podemos ser socios.

—Vete al diablo.

Johnny se volvió para acercarse a la barra y entonces se encontró con los ojos de un hombre.

Eran unos ojos helados, quietos, fríos, donde parecía brillar una leve chispita burlona.

Era uno de los pistoleros de Hugues. Era un fulano llamado Tower. La suave sonrisa que distendían sus labios indicaba bien claras que se estaba burlando de él.

Johnny se acercó lentamente.

—Tú te llamas Tower —susurró.

—Y tú Johnny Gaylor.

—Es un honor conocer a un hombre tan distinguido. ¿Dónde están tus otros dos compañeros?

Era la pregunta clave. Johnny pensó que el otro trataría de escurrir el bulto, pero no lo hizo. Se acusó a sí mismo.

—Ellos están cansados. Trabajaron mucho.

Un suave chirrido que se escuchó en el repentino silencio de la sala fue producido por los dientes de Johnny.

—Vosotros estabais obsesionados por la chica —murmuró al cabo de unos instantes—. Y no pensasteis en aseguraros de que yo había muerto, ¿no es así? Ahora lo lamentáis.

—Puede.

—Tú quieres hincharte ante tu jefe, Tower. Tú piensas en matarme con tus propias manos y así vengar a Joyce, Tú jefe, te lo agradecerá… Dirás que has hecho un buen trabajo. Afirmará que eres el mejor pistolero que tiene.

—Puede.

—Muy bien, Tower… Yo tengo ahora un revólver.

Tower rió silenciosamente.

—Quizá te convenga saber, antes de morir, que soy uno de los mejores tiradores del estado.

—Bueno, en tal caso, como mérito especial, te dejaré que saques primero.

Tower quedó levemente desconcertado.

No entendía bien el lenguaje de aquel hombre. ¿Qué pretendía? ¿Morir burlándose de él?

—Elige tú el momento —susurró.

Estaba persuadido de que iba a ganar. No le cabía la menor duda de que vencería fácilmente a un novato.

—¡Ahora!

Tower arqueó, lanzando un grito de triunfo al ver que su enemigo no se movía aún.

Johnny parecía un poste.

Hizo girar solamente la mano derecha.

Disparó a través de la funda y se llevó por delante dos dedos de la diestra de su enemigo.

Tower dejó caer el revólver mansamente a tierra, porque los dedos que le quedaban no podían sostenerlo.

Johnny susurró:

—Podía haberte matado con rapidez, pero no quiero hacerlo. Vas a darte cuenta de que se acerca el fin. Vas a sufrir la agonía que hiciste sufrir a aquella pobre muchacha.

—Esto… Tú no puedes… ¡Estoy desarmado! ¡Es un asesinato!

Johnny dijo tranquilamente:

—Cierto lo es.

Y añadió con suavidad:

—¿Y qué?

Tiró dos veces al estómago de su enemigo. Sabía que no moriría inmediatamente, que al menos estaría agonizando un cuarto de hora. Luego se volvió de espaldas.

El pasillo de hombres que se había formado a cada lado se ensanchó súbitamente.

Al final de aquel pasillo había una mesa.

Y en aquella mesa estaba sentada una mujer. Tenía las piernas cruzadas.

Lo primero que pensó Johnny —pues le miró las piernas antes que la cara— fue que había visto antes aquel par de monumentos, pero no supo recordar dónde.

Ella aplaudió discretamente.

—Muy bien, señor Gaylor. Confieso que le tenía en otro concepto.

—¡Señorita «Johnson and Johnson»!

—Venga, señor Gaylor, le invito a una copa.

—Aquí no me parece muy oportuno beber ahora. Ese tipo merece cien veces la muerte que va a tener, pero me parece de mal gusto quedarme mientras él…

No faltaba más. Le invito a mi hotel, señor Gaylor.

El joven se encogió de hombros.

Salieron los dos.

Jezabel Johnson dijo suavemente, cuando ambos estuvieron en la calle:

—No pareces muy alegre, Johnny.

Le trataba de un modo distinto, como si se hubieran conocido muchos años antes. Como si ya no fuera la mujer de negocios que conoció en Nueva York.

—Tengo dos motivos para estar triste —murmuró él.

—¿Dos?

—Una chica que tenía fe en el destino ha debido morir ya. Por su causa he desencadenado una guerra que acabará en un baño de sangre. ¿Te parecen pequeños esos dos motivos?

—No, no me lo parecen, sobre todo si tú estabas enamorado de la chica.

—No lo estaba. Era solamente una buena amiga.

Apretó los labios, como si quisiera borrar de su mente una rápida y violenta serie de recuerdos, y musitó:

—¿Por qué has venido a esta tierra? ¿No te encontrabas a gusto en tu oficina de Nueva York? ¿No sabía besar aquel tipo?

—Me aburrí de todo eso.

—¿Por qué? Es absurdo.

—Quizá tú no te diste cuenta, Johnny, pero sólo al entrar por la puerta de mi despacho, pareció como si contigo entrara un aire distinto. Como si en torno suyo se respira una extraña sensación de libertad.

—Es posible. Siempre me ha gustado vivir lejos de las ciudades.

—Fue eso lo que me atrajo. No me di cuenta en aquel momento, pero luego sentía en mi interior una inquietud que no me dejaba vivir. Decidí entonces liquidarlo todo y venir aquí.

—¿Liquidarlo todo? ¿Estás loca?

—Una vez pagadas las deudas, me quedaron ochenta mil dólares.

—¿Quéeee?

—Tú creías que aquél era un negocio muy próspero, ¿verdad?

—Lo parecía.

—Pues estaba haciendo aguas por todas partes, muchacho.

De pronto, y sin que supiera explicarse bien el por qué Jezabel Johnson le parecía más próxima, menos inaccesible, más femenina en una palabra.

Al contrario de muchos hombres, siempre le habían gustado más las mujeres arruinadas que las mujeres millonarias.

—Bueno, insisto en lo de tomar una copa —murmuró ella, cuando llegaron a la puerta del hotel—. Si quieres que la tomemos como dos compañeros…

—Como dos compañeros —musitó Johnny.

Y ya, al decir aquella palabra, tuvo la sensación de que se metía en un lío.

Ahora Hugues empezaba a estar alterado. Su legendaria calma iba desapareciendo por instantes. Y el hombre que estaba frente a él, un tipo joven y fuerte, cuya piel olía extrañamente a *whisky*, parecía divertirse mucho al notar aquel nerviosismo que Hugues difícilmente dominaba.

—Quiero proponerle un negocio, Donovan —susurró Hugues al fin—. Le he hecho llamar porque sé que es el mejor pistolero entre los que se encuentran actualmente en la ciudad.

—Bueno, hay otros —dijo modestamente. Donovan.

—Sí. También estaba Bradley, pero se marchó, aunque no puedo comprender por qué.

—Debían parecerle feas las mujeres de Tulsa.

—Sin rodeos, Donovan —dijo abruptamente Hugues—. No dispongo ya de suficientes hombres en este momento, y por eso recurro a usted. ¿Cuándo quiere por dejar seco al tipo que yo le señale?

—Hombre, eso depende…

—¿Depende de qué?

—Debo advertirle que yo siempre mato cara a cara. Eso significa que debo estudiar primero al individuo que tengo enfrente.

—Le diré su nombre. Johnny Gaylor. No sé si le conoce.

—¿El que ha matado a Tower?

—Exacto.

—Me parece un individuo muy peligroso.

—Nadie ha negado que lo sea. Pero ponga usted mismo el precio.

—Mi tarifa son mil dólares.

Hugues, en silencio, depositó cinco billetes de a cien sobre la mesa.

—La mitad por adelantado. La otra mitad venga a recogerla una vez haya liquidado a Johnny Gaylor.

—En ese caso, vendré mañana —dijo con suavidad—. Seguro. Mañana antes del mediodía.

* * *

Una vez hubo salido el pistolero, Hugues se puso también en pie y fue a otro lado de la habitación, abriendo una puerta. Tras ésta apareció la silueta de otro de sus pistoleros. Era Sam, el único

hombre de confianza con el que podía contar. Muerto Tower, sólo Hugues y él quedaban vivos, de los tres que ultrajaron y mataron a Mónica.

—¿Has oído? —murmuró.

—Sí.

—¿Qué te parece ese hombre? ¿Podemos fiarnos de él?

—Como pistolero es infalible.

—Pero, no me hace gracia su costumbre de matar cara a cara… ¡Es absurdo! Y por eso ha creído que debes ayudarle, Sam.

—¿Qué he de hacer?

—Síguele y estate atento al desafío. Cuando ese maldito Gaylor esté pendiente de él, lo baleas por la espalda. No quiero que Donovan falle, ¿entendido?

—No fallaremos. Donovan de frente y yo por la espalda, ese perro de Gaylor no tiene posibilidades de sobrevivir.

—De acuerdo. Ponte en movimiento.

Cuando el otro iba a salir, gruñó:

—Ah, lo olvidaba.

—¿Qué, Hugues?

—¿Ha muerto ya aquella imbécil?

—Sí. Pensaba decírtelo. Su tío la he hecho enterrar en el jardín de la casa.

CAPÍTULO XIII

Johnny buscaba a Sam y a Hugues. Sabía que no podía atacarlos en el Banco, porque aquélla era su fortaleza, y porque el *sheriff* no le toleraría una agresión que no fuera perfectamente justificada.

Tenía que esperar a que aparecieran en la calle o a que se aventuraran en un saloon. Por eso, Johnny instaló su cuartel general en el que estaba justamente frente al Banco de Hugues.

Allí tuvo que dejar pasar las horas. Y tuvo que trasegar más *whisky* del que había bebido jamás.

Poe ejemplo, aquel tipo alto, tranquilo, con calma de tejano, que entró en el saloon y se situó al otro lado de la barra, a unos cinco pasos. Los dos individuos que estaban en medio desaparecieron como si hubieran visto al diablo.

Donovan, tranquilamente, se sirvió un *whisky* en un vaso y murmuró:

—He oído decir que es usted un gran pistolero, amigo.

—Lo mismo he oído decir de usted, compañero.

—¡Qué coincidencia! Y quizá los dos estamos pensando también lo mismo: Que uno de los dos, sobra en la ciudad.

Johnny se sirvió también un vaso de *whisky*. Su pulso no temblaba.

—Puede que piense eso. ¿Y usted, camarada?

—Yo sí que lo pienso.

Acarició levemente su revólver.

Johnny apoyó el brazo izquierdo en la barra. El derecho quedaba libre.

Con el rabillo del ojo vio a Leónidas, que le miraba descompuesto desde una mesa.

—¡Johnny, no vayas a aceptar! ¡Ya has visto cómo tira ése! ¡Es

el asesino más peligroso de la ciudad!

—Déjame a mí, Leónidas.

Donovan sacó con velocidad alucinante, y le revólver pareció brotar sólo entre sus dedos. Johnny que lo veía, no hizo, sin embargo, un solo movimiento.

Sonó un disparo.

Y un alarido.

Sam, que estaba en la baranda del piso superior, apuntando cuidadosamente a la espalda de Johnny, cayó pesadamente y rompió aquella baranda con su cuerpo. Cuando llegó a tocar el suelo de la planta baja, estaba muerto.

Donovan guardó el revólver.

—Sin duda el cerdo de Hugues lo envió para asegurar el golpe. Ya notaba yo que me seguía sin descanso.

Los dos hombres avanzaron dos pasos cada uno.

Y de fundieron en un abrazo.

Leónidas, que no comprendía aquello, se levantó y el asombro le hizo volver a sentarse. Con voz ronca, balbució:

—¿Cómo es posible?

—En el fondo es muy fácil de entender, amigo —musitó Johnny —. Yo enseñé a manejar el revólver a Donovan cuando ambos vivíamos en San Luis. Yo le convertí en un pistolero… sin querer.

—Y me marché de casa —dijo Donovan.

—Y mi padre me hizo responsable a mí de lo sucedido —continuó Johnny—. Y por eso me echó de su lado. Y por eso me atiza cada vez que me ve.

—Y seguro que mi padre aún sale por la ventana al oírlo —dijo Donovan—. Y aún debe gritar: ¡Dale! ¡Dale!

—Justo muchacho. Las dos últimas veces sucedió.

—Es incorregible.

—¿Sabes lo que hemos de hacer, Donovan, después de tanto tiempo fingiendo que no nos conocemos?

—Tú dirás, muchacho.

—Debemos volver a San Luis, pero los dos juntos. Una vez haya terminado mi trabajo.

—Sé a qué te refieres, muchacho. Y pienso ayudarte.

—No. Este asunto es mío. Exclusivamente mío.

—Hagamos una cosa, Johnny. Demasiado sabes que en cuanto

me enteré de lo sucedido, Hugues ya no saldrá más. Se encerrará ahí como en una fortaleza.

—Lo sé, pero tendré paciencia.

—¿Tienes interés en quedarte en Tulsa?

—Ahora ya ninguna. La mujer para la que tenía que recuperar un terreno, me ha dispensado de hacerlo.

—En ese caso más vale que resolvamos el asunto ahora mismo. Resultará mucho más conveniente hacerlo ahora, antes de que Hugues se entere de lo sucedido. Luego nos largaremos de la ciudad. El *sheriff* ordenará perseguirnos durante un par de días, pero después no tendrá más remedio que archivar el asunto.

Johnny pareció reflexionar sobre aquella proposición, y la encontró aceptable. Evitaban así que Hugues llamara a nuevos pistoleros en su ayuda. Evitaban tener que matar a nadie más. Miró a Leónidas.

—¿Tú qué dices a esto, carcamal?

—Yo, Johnny, tengo un negocio de miedo entre las manos.

—Un terreno petrolífero, ¿eh?

—Esta vez es verdad, Johnny.

—Como las otras.

Leónidas se dejó caer en el asiento como si ya no tuviera fuerzas. De pronto, le pareció que su vida, sus ambiciones, carecían de sentido. ¡Diablos, él quería a Johnny como a un hijo! ¡Claro que con padres como él más valía que los hijos se murieran, pero…! ¡Pero era verdad! ¡El le quería!

Johnny y Donovan cruzaron la calle.

Ante la puerta posterior del Banco, Johnny se detuvo.

—Este asunto es exclusivamente mío, Donovan.

—Corres demasiado peligro. Deberíamos resolverlo los dos.

—No, muchacho, me corresponde a mí solo.

Empujó la puerta y se dirigió al despacho de Hugues, que ya conocía. Entró sin llamar.

Hugues repasaba unas cuentas. No hizo el menor gesto, ni siquiera levantó la cabeza.

—¿Ya está, Sam? He oído los disparos. ¿Has liquidado a ese tipo?

Johnny dijo, arrastrando las sílabas:

—Justo. Li-qui-da-do…

—Bueno, entonces valdrá la pena fumarse el último cigarro.

Tomó el último que quedaba en su caja y fue a ponérselo en los labios. Para eso tuvo que levantar la cabeza. De pronto, quedó lívido.

—Ga… ¡Gaylor!

—Enciende ese cigarro, Hugues. Quiero que lo fumes a tu salud, por ser el último.

—Pero… ¿cómo es po… posible?

—Te lo explicarán en el otro mundo, Hugues.

—No tengo fo… fósforos.

—Cógelos.

Hugues abrió el cajón central de su mesa. Johnny le miraba. Los ojos del joven eran como dos rendijas.

De pronto, Hugues extrajo un revólver de cañón corto. Era eso, y no los fósforos, lo que había pretendido buscar.

Johnny susurró:

—Muy bien, macho.

El primer balazo le atravesó la garganta. El segundo el corazón.

Hugues quedó sentado, con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, con los ojos espantosamente abiertos y mirando al frente.

El cigarro no había caído de entre sus labios.

Johnny se acercó a la mesa, extrajo un fósforo del cajón central, lo rascó contra el dorso de su mano y encendió el cigarro.

—Está bien —dijo—. Me parece justo que te guardaras para ti el último de la caja.

Luego salió a la calle. Donovan aguardaba paseando de un lado a otro y le miró con sorpresa.

—¿Ya?

—Ya, muchacho.

—He oído dos disparos. Me daba miedo que el segundo hubiera sido para ti.

—No olvides que yo te enseñé a tirar, y la verdad es que al principio no resultabas muy buen alumno.

Donovan lanzó una carcajada.

—Bueno, muchacho, ahora nada más tenemos que hacer en la cuidad. Yo sólo quiero despedirme de una tumba antes de partir. Si algo hay que reclamar contra el Banco de Hugues, lo haremos desde San Luis. No creo que Hugues ponga muchos inconvenientes

ahora…

—Yo también quiero hacer una cosa antes de marcharme, Johnny.

—¿Qué es?

—Me han dicho que el *whisky*, bebido, también es bueno.

—¿Vas a probar?

—Ujú.

—Pero, oye, hazme un favor.

—¿Cuál?

—No te lo bebas en una palangana.

Donovan hizo un saludo, tras prometerle que lo probaría con cuidado y que se reunirían cuanta y cinco minutos después a la salida de la cuidad. Luego Johnny fue a casa de Brandon, estuvo unos instantes ante la tumba de Mónica, despidiéndose de ella, y acto seguido volvió a la cuidad. Nadie —y menos el *sheriff*, que de pronto se sentía perdido— se atrevió a cortarle el paso.

Entró sin llamar en la habitación de Jezabel.

Ésta se estaba tensando unas nuevas medias.

—¿Ya te has quitado el luto?

—Una no puede estar siempre desolada y triste, necesitando a un hombre en quien apoyarse, Johnny.

—No intentes hacerte la vampiresa. En realidad, eres una pobre chica. Apuesto a que no habías salido del colegio hasta que murió tu padre.

—Bueno, reconozco que es cierto que estaba en el colegio… ¡pero me castigaban todos los días!

Johnny recogió las dos maletas de la muchacha y las puso encima de la cama.

—Pero ¿qué haces, Johnny?

—Nos largamos.

—¿Adónde?

—A San Luis. Mi amigo Donovan y yo queremos saber cómo nos reciben nuestros padres… Y, la verdad, apuesto a que no lo contamos.

CAPÍTULO XIV

Cuando llegaron a San Luis, días después, Johnny encontró a su padre limpiando la placa y sacándole brillo, como la última vez.

Su padre parpadeó al verle llegar. Pero esta vez no preparó los puños.

—¡Hijo! ¡Hijo mío!

El padre de Donovan también estaba en la puerta.

—¡Nuestros tiernos ojos casi se humedecen al, veros, otra vez juntos, muchachos!

Johnny y Donovan se prepararon para lo peor.

Todas aquellas carantoñas significaban paliza extra.

Pero había algo que les llamó la atención también. El humo que salía por la puerta entrecerrada de la casa de Johnny.

Éste se acercó a su padre, rezando mentalmente para que no le atizara en las costillas, porque aún le dolían de la última vez.

—Hola, papá.

—Hola, hijo.

Le abrazó. Johnny pensaba: «Ahora me hace una llave y me tumba».

Pero nada de aquello ocurrió. El abrazo de su padre parecía el abrazo del perdón. Por su parte, a Donovan también le estaba ocurriendo algo parecido.

Por fin el padre de Johnny miró a la chica.

—¿Y ella? ¿Quién es?

—Una gran amiga. Lo único malo que tiene es que fue mi jefe y a veces aún me echa broncas.

—¿Viene a quedarse aquí?

—Todos nos quedaremos en San Luis. Venimos dispuestos a abrirnos camino en esta ciudad.

—Pero ¿vais a ser marido y mujer?

Johnny miró a la muchacha. Ella sonreía levemente. En sus ojos brillaba algo que era sospechosamente parecido al brillo de la felicidad.

Durante el largo viaje habían tenido ocasión de conocerse mejor. Y muchas penas pasadas, muchos dolores, fueron olvidados poco a poco.

—Es muy posible —dijo Johnny.

—A mí me parece muy bonita. ¿A qué esperas?

—Verás… Es que aún no sabía si ibas a recibirme con un balazo o con un tiro.

—¿Yo? ¿Es que alguna vez te he tratado mal, hijo mío?

Johnny se palpó las costillas.

—Hombre… ¡Tanto como eso…!

—¡Qué alegría veros a los dos juntos! Parecéis como entonces, unos angelitos.

—¿De modo que no tienes inconveniente en que nos quedemos en San Luis, papá?

—¿Qué voy a tener?

—Nos abriremos camino. Entre los tres nos convertiremos pronto en los dueños de la ciudad.

—No penséis en eso.

—¿Por qué no? ¡Hace falta trabajar! Y, y oye, papá… ¿Qué es ese humo que sale por la puerta?

—No te preocupes, hijo.

—¡Pero si se está quemando la casa!

—Mira, más vale que entréis de una vez.

Johnny y Donovan entraron seguidos por Jezabel. En el vestíbulo, sentado en una butaca y con los pies en otra vieron a un individuo a quien no reconocieron en el primer instante. Fumaba dos habanos a la vez, y de allí, provenía aquella infernal humareda.

—¡Leónidas!

Leónidas se quitó un habano de la boca para decir:

—He venido en coche especial, muchacho, cambiando de tiro cada veinte millas. ¡Ahora puedo permitirme esos lujos! ¿Te acuerdas del último terreno que compré con dinero prestado?

—No me digas que había petróleo…

—Un montón, muchacho.

—Nooooo… —gimió.

Y perdió el sentido. Lo que no le había sucedido ante un par de revólveres, le sucedió ante los dos habanos de Leónidas.

Éste se acercó para hacerle viento con un pañuelo de seda.

—¡Caray, estos jóvenes de ahora! ¡Qué poca resistencia! ¿Pues qué le va a suceder cuando se entere que he decidido nombrarle mi socio a pesar de todo?

Donovan sonrió.

—¿Su socio? Podía usted quedarse con todo. Es muy generoso, Leónidas.

Leónidas se puso encarnado. Fingió que se sonaba con su pañuelo de seda para que no se le viese la cara. Se atragantó con el humo.

—Bueno… El terreno lo compré con dinero prestado, pero los machacantes me los prestó él. Claro que sin saberlo… ¡le birlé mil dólares de la cartera!

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Se complace en recomendar a sus lectores, la nueva serie:

HEROES DE LA PRADERA

Una colección dedicada a dos colosos del



SILVER KANE y KEITH LUGER

Dos autores cuya fama crece día a día



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.
Impreso en España
Printed in Spain